



El almerge próximo a Laluenga.R.A.



Laluenga.R.A.



Vista general de esta zona de la Comarca del Somontano.R.A.

¡Qué hermoso es mi valle!

Por René ALQUÉZAR

Películas y populares series televisivas han hecho famosos, y mitificado, los valles de California por su belleza y fertilidad. He recorrido algunos de ellos. Son hermosos, ciertamente. Conozco también otros muchos, así como grandes depresiones orográficas, de origen y estructuras diferentes, en distintos lugares de los cinco continentes. Disfruto contemplando estos accidentes geográficos tanto por las vistas que ofrecen como por su interés geológico. Ante ellos reflexiono, para mejor valorarlos, sobre su largo y complejo proceso de formación. Todos tienen unas características propias que captan la atención y estimulan el deseo de saber siempre algo más sobre la evolución del planeta en que vivimos.

Pero hay uno muy cerca de nosotros, sin aires de ostentación, aparentemente falto de atractivos en el sentido que acabo de mencionar, y no tan afortunado en su promoción como sus lejanos "colegas" californianos, con el que mantengo una relación de armoniosa fidelidad desde hace más de sesenta años; he dicho bien: ¡más de sesenta años! Entre carreteras secundarias no catalogadas como turísticas, bordeado en una de sus vertientes por mesetas salpicadas de vegetación de secano, y en la otra por una sucesión de áridas colinas, suele pasar desapercibido para el gran público. Y también es así, salvo que me equivoque, para los que lo ven a diario: para los habitantes de los pueblos que lo rodean y a quienes pertenecen sus tierras. Se comprende. Acostumbrados a la eterna presencia de ese paisaje en sus vidas, y sobre todo, a los muchos esfuerzos y sudores que desde siempre, -quizá hoy ya no tanto-, les ha costado extraer su rendimiento, difícilmente podrán verlo a través de la misma óptica que quien sólo lo visita como escenario y espectáculo de interés natural. Por todo ello, creo, no se ha descubierto ni apreciado en su aspecto paisajístico-geológico, ni valorado el hecho de que en él se encuentren huellas y restos de asentamientos iberos y de construcciones medievales.

Me estoy refiriendo a la depresión o valle que forman los montes de *La Clamor* y *Montearruogo*, (Laluenga-Laperdiguera), *Viarz*, y sectores de los términos de Berbegal y Fornillos, hacia el bajo Somontano. Visto sobre la vertiente opuesta al Monasterio de El Pueyo, al sudoeste del mismo, desde donde su perspectiva resulta más cercana, impresiona por su amplitud, por su sensación de fertilidad, y por la originalidad de su fondo jalonado por grandes bloques de piedra distribuidos prácticamente al azar: oleadas de volúmenes grisáceos, de islotes areniscos con idéntica orientación entre franjas cultivadas, que los movimientos orogénicos dejaron como prueba de una lenta pero vigorosa actividad a través de los tiempos...

Cuando contemplo este gran valle, incrustado en nuestras tierras, siempre me digo: "Nada que envidiar a otros, e incluso en algunos aspectos, con mayor atractivo e interés que otros más afamados por su mejor difusión". Desde mi más tierna infancia siempre me ha cautivado; nunca he dejado de admirarlo. Y es así tanto cuando lo miro casi a vista de pájaro desde puntos elevados, como cuando recorro su irregular fondo por senderos o campo a través, encaramándome a esas formaciones rocosas que la erosión y el arrastre de las capas arcillosas más blandas han ido desnudando, en una acción de millones de años, hasta conformar la panorámica actual. Me muevo por él como en un juego de mutua complicidad a la búsqueda de una nueva atalaya desde la que captar una imagen aún no descubierta, una postal con más sugestivos efectos tridimensionales que la siempre segura colaboración de los peñascos ayuda a magnificar...

Si además eres observador atento, advertirás su riqueza ornitológica, mientras levantando la mirada hacia lo alto, avistarás las grandes aves rapaces y carroñeras que procedentes de las sierras pre-pirenaicas, planean silenciosamente y majestuosamente sobre un cielo habitualmente de limpio celeste... Verás

también el paso de la astuta zorra con su brillante y pomposa cola. Y de repente detendrás tu marcha ante el bello plumaje de lustrosas perdices levantando el vuelo unos metros ante ti...

Paisaje ideal para excursiones en "mountain-bike" o saludables caminatas. Pero es imprescindible no hacer los recorridos con la sola visión lateral de la sucesión de rocas que lo adornan. Hay que subirse a ellas. Es la mejor forma para apreciar su llamativa configuración.

Años atrás, el colorido de su suelo, aparte los bloques pétreos, venía rigidamente determinado por dos estaciones de prácticamente igual duración: el verde con progresivos cambios de tonalidad durante seis meses, con incrustaciones, en un corto interregno, del vivo amarillo de las aliagas, del blanco y rosa del oloroso tomillo, y del delicado rojo de las amapolas; el pajizo-ocre y tierra completaban el resto del ciclo anual. Hoy, sin embargo, el sistema de regadío, cada vez más perfeccionado, y nuevos cultivos, lo han transformado en un irregular tablero con mezcla de colores y tonalidades casi sin solución de continuidad a lo largo del año. Una visión que se hace más atrayente con el sincronizado ballet de transparentes velos acuosos con que los aspersores inundan el aire, hoy aquí, mañana allá, y que visto desde niveles superiores ofrecen un efecto de gran

belleza plástica, incrementado por los intermitentes arcos iris que se forman.

Para mejor disfrutar y valorar el atractivo de toda esta área, conviene, en primer lugar, obtener una panorámica general de la misma. Para ello, es aconsejable subir a esa atalaya que es Berbegal y desde el balcón-mirador que da al norte, descubrir una perspectiva de inusual grandiosidad, con horizontes que, desde el fondo de la depresión, se van alejando en un escalonamiento orográfico, con las sierras más próximas en segundo plano y el amplio arco de los imponentes macizos pirenaicos como permanente telón de fondo. Antes de descender de este primer punto de observación, vale la pena darse una vuelta por el pueblo. Hallarás otros miradores alrededor de todo su perímetro con amplias vistas en todas direcciones. Y en su centro, un Monumento Histórico Artístico Nacional: la iglesia de *Santa María la Blanca*, románica del siglo XII, ampliada en el XV. Y ya que por este mismo lugar discurre la línea imaginaria del meridiano de Greenwich, podrás tener la curiosidad de situar uno de tus pies en el hemisferio este del planeta, y el otro en el hemisferio oeste.

Continuar luego hacia Laperdiguera, a muy corta distancia, que aparece como tendida al sol del mediodía en la ladera de una colina. En su parte superior se hallan los restos de su antiguo castillo



Laperdiguera.R.A.

y la iglesia de estilo gótico aragonés. Desde su elevada plazoleta-mirador tu vista se perderá en lejanos horizontes... Baja tranquilamente por su calle Mayor hasta el pozo-fuente, recién restaurado, con alguna característica particular que lo diferencia de otros de la *Ruta de los pozos* en la que está incluido. Haz un poco más de ejercicio y asciende al *Tozal de San Gregorio*, allí al lado: otra panorámica de nuestro valle con planos descendientes más próximos...

Sólo dos kilómetros más al norte, Laluenga, donde tras visitar su iglesia, con vestigios románicos del siglo XIII, algunas fachadas de especial interés, así como el espectacular pozo-fuente, también del siglo XIII, y su contiguo Centro de Interpretación, descender al fondo de la gran hoya para iniciar el recorrido tras las huellas y restos de los poblados iberos. Primero *El Almerge*, a unos seis kilómetros, sobre las cimas y laderas de un par de colinas, próximas ya al barranco de *La Clamor*. En su mismo entorno, lo que fue la cabecera de un templo románico del siglo XII: un muro en semicircunferencia, con cuidados e interesantes ventanales; todo él en difícil equilibrio por la acción erosiva y el paso del tiempo.

Siguiendo hacia el sur, por el camino central del valle, a un par de kilómetros más, entre las numerosas oleadas rocosas que desfilan a tu izquierda, se halla una de estas formaciones en cuya cima y pendientes pueden apreciarse diversas huellas de lo que en su tiempo fue otro asentamiento rupícola. Y tras cruzar en perpendicular la carretera rural que va de Laperdiguera a Castejón del Puente, a menos de medio kilómetro de esa intersección, en un promontorio a la izquierda, dirección Fornillos, se encuentra el clasificado poblado ibero *Las Coronas* con interesantes estructuras labradas en la roca, incluyendo tumbas y cisternas-granero. En todos ellos existen escalones tallados en la roca para ascender a la parte más elevada del poblado donde tenían lugar las invocaciones y ofrendas a sus divinidades, el sol y la luna principalmente.

Desearía que estos apuntes sirvieran para despertar en todos aquellos que aún no los conocen, el interés por unos parajes que ofrecen una de las panorámicas más espectaculares del Somontano, y animarles a realizar un sano recorrido durante el que con algo de imaginación, podrán recrear la vida, ritos y costumbres de aquellos lejanos antecesores nuestros que, subiendo por el valle y cuenca del Ebro desde las costas mediterráneas, hace más de 2.000 años, encontraron en estas tierras lugar idóneo para su subsistencia.

Pero debo reconocer que es difícil para el no conocedor de estos terrenos, hallar tan interesantes enclaves etnológicos debido a la falta de señalización. Ni una sola desde punto alguno. Por ello me permito solicitar a las entidades u organismos que corresponda, comarcales, provinciales y DGA, hagan un esfuerzo para subsanar esta carencia, abrir algunas sendas, marcar sus contornos y limpiarlos de maleza, así como colocar algún panel con breves textos sobre lo que de ellos se sepa. Creo que este gran espacio natural merece un reconocimiento.